

## *Editorial*

# Las fisuras de la democracia

Enrique Fernández Vilas

Universidad de Salamanca

José M<sup>a</sup> García Martínez

Universidad de Murcia

Carmen M. Cerdá Mondéjar

Universidad de Murcia

Desde la primera Gran Recesión del siglo XXI la política de la democracia en la mayor parte de los países que se rigen por dicha forma de gobierno ha estado sometida a severas presiones. Paradójicamente, al mismo tiempo que una ola de democratización se ha extendido globalmente desde la década de 1970 –en aquel momento posiblemente no existían más 35 países que pudiesen ser denominados democráticos y casi medio siglo después más de un centenar se rige por los designios de la democracia liberal–, el descontento y la rabia social no han dejado de crecer. Los partidos políticos que han ocupado el poder desde la segunda posguerra mundial se han visto amenazados ante la extraordinaria proliferación de nuevas –o reforzadas– posiciones políticas que dicen responder a los intereses de una ciudadanía cada vez más alejada del campo de juego de la política tradicional.

El fuego cruzado lanzado desde el *establishment* comenzó a emplear artillería dialéctica del pasado: «fascismo», «comunismo» o «populismo» son etiquetas empleadas para desautorizar, sin necesidad de ofrecer otros argumentos, a la oposición política. Las disidencias no se permiten ni se perdonan por parte del *establishment* neoliberal. Incluso una parte nada desdeñable de analistas y académicos se refieren al ascenso de los partidos de extrema derecha con los términos «fascismo» y «neofascismo». En *Las nuevas caras de la derecha* (2021) el historiador Enzo Traverso persuade a sus lectores del uso arbitrario, y por tanto sin solidez historiográfica, del vocablo «fascista». Aunque el fascismo tradicional de los años treinta pueda compartir algunos rasgos con la fisonomía ideológica de los partidos calificados como «extremistas» del siglo XXI, su simple homologación demuestra una clara insuficiencia de conocimiento histórico. Y puntualiza, «el fascismo clásico nació en un continente devastado por la guerra total y se desarrolló en una atmósfera de guerras civiles, dentro de Estados profundamente inestables y con mecanismos institucionales paralizados por agudos conflictos políticos». La fuerza de su radicalismo provenía

de su oposición al bolchevismo que le imprimió un aspecto «revolucionario». Con admirable claridad lo expresó también Hobsbawm al referirse a los conflictos sociales vinculados a la explosión de nuevas ideologías nacionalistas en las postrimerías del siglo pasado: «En el mejor de los casos, se trata de gritos de dolor y llamadas de socorro; y en el peor, de ciegas protestas, particularmente de aquellos sin esperanza. No ofrecen ninguna solución política o de ningún otro tipo porque no piensan en términos de soluciones. Mi conclusión es una advertencia contra el anacronismo: no confundamos a los neonazis de la Alemania actual ni tan siquiera con los nacionalsocialistas originales. Se trata de movimientos diferentes» (1994, p. 17).

De igual modo, en contra del anacronismo se pronunció Giorgio Amendola –miembro del Partido Comunista italiano desde la década de entreguerras y uno de los líderes de la Resistencia en Roma– en 1976 cuando afirmó que, términos como «conservador, reaccionario, autoritario o fascista corresponden a varias formaciones políticas, a distintas realidades». Amendola, quién vio al fascismo de frente, no aprobaba «ciertas equiparaciones genéricas y superficiales», y concluía: «Hay que acostumar a las generaciones jóvenes al arte de la distinción». Y es que, como en cierta ocasión dijo Hobsbawm, con mucha frecuencia las palabras hablan más fuerte que los documentos.

En este monográfico de la REG nos interrogamos por qué el *pathos* de la retórica política recurre al anacronismo como arma de defensa persuasiva. Una respuesta tentativa sobre el problema sugiere que el *statu quo* no desea plantear abiertamente los graves problemas a los que se enfrenta la democracia liberal desde la década de 1970. Desde aquel momento, la brecha que separa la toma de decisiones políticas del común de la ciudadanía no ha dejado de dilatarse hasta tal punto que como escribió Peter Mair de forma casi lapidaria en su obra póstuma *Ruling the Void* (2013) «la era de la democracia de partidos ha concluido». El neoliberalismo, como ideología hegemónica, ha contribuido enormemente a transformar –con la connivencia de las autoridades públicas, especialmente las instituciones universitarias– el valor político de la esfera pública en un mundano valor de cambio. La democracia de consumo ha transformado a la ciudadanía en una clientela que consume servicios públicos gestionados al estilo de la gerencia empresarial donde los partidos políticos compiten por el poder exhibiendo una decadencia intelectual sin precedentes. Como ha señalado Emilio Gentile el «peligro real hoy no es el fascismo, sino la escisión entre el método y el ideal democrático». Dicho de otro modo, «el peligro real no son los fascistas, reales o presuntos, sino los demócratas sin ideal democrático». La democracia ha quedado cautiva por la hegemonía neoliberal y su deprecio hacia cualquier política que se aproxime a la feliz

expresión de Abraham Lincoln: «la democracia es el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo». Cualquier política que pretenda restaurar la relación capital-trabajo de la era socialdemócrata de posguerra, es decir, lo que se denominaba «economía mixta», a través del control de mando político del sector financiero y bancario, de los recursos energéticos y de todos los destinados al bien común, es descalificada sin objeciones como «revolucionaria», «comunista» o «populista».

En suma, y citando a Marco D'Eramo, ahora la democracia trata el pueblo como un niño tutelado: «a su poder, escapa prácticamente toda la política económica del gobierno, la política fiscal, la comercial o la de previsión social». La oposición política ha sido socavada y el «extremo centro», por usar la acertada expresión de Tariq Ali, es decir, el bipartidismo plutocrático y los retoños de la «tercera vía», ha dejado a la ciudadanía política desnuda ante las fuerzas económicas de la globalización y su superestructura neoliberal. Por supuesto, la política calificada de «extrema derecha» no supone una alternativa al *establishment* sino una continuidad de los regímenes neoliberales y una exacerbación de la xenofobia, el racismo y otras patologías del registro de la locura humana. Sin embargo, creemos que sin la correcta interpretación de las causas subyacentes que amenazan con hacer estallar los sistemas democráticos no haremos más que expresar rabia en negro sobre blanco frente al desconcierto, y lo que es más acusado, al evitar analizar rigurosamente el problema atajándolo por la vía del anacronismo, las tensiones sociales no harán más que seguir creciendo, lo mismo que la temperatura global del planeta.

Partiendo de estas ideas el presente número recoge una serie de artículos que examinan el marco actual en que se desarrollan los sistemas políticos democráticos. El trabajo de Cas Mudde analiza la relación entre populismo y política democrática, identificando las causas principales del actual «Populist Zeitgeist» (Mudde, 2004). El autor realiza una breve historia del populismo en Europa, desde sus primeros indicios en el siglo XIX hasta su ascenso a partir de 1980, su mayor relevancia en la década de 1990 y sobre todo su gran protagonismo a partir de 2008, relacionado con las crisis económicas y de los sistemas políticos. En opinión de Mudde el populismo surge como respuesta antiliberal y democrática al liberalismo antidemocrático, por tanto, el populismo solo puede superarse mediante la práctica de una mayor democracia liberal. Por su parte, y en relación con el fascismo, Tamir Bar-On se interroga por qué hay una preocupación constante, especialmente alentada desde las últimas décadas, por el resurgimiento del fascismo si no existen evidencias empíricas sobre su ascenso. Entre políticos, académicos y medios de comunicación se ha producido una enérgica tendencia a emplear el término «fascista»

de manera indiscriminada y sin una definición o una comprensión adecuada. Estas preocupaciones ante un infundado avance de los llamados fascismos o el resurgimiento de «Brown Scares» como nuevas «cruzadas» con todas las características de una «religión despertada», son utilizadas por el *establishment* y su cobertura mediática para debilitar las posiciones opuestas, reforzar un autoritarismo encubierto y promover un desgaste de la democracia como sistema político de participación social.

Precisamente, al análisis de las transformaciones que ha experimentado el pensamiento conservador, considerado de forma generalista como fascista, se dedica el trabajo de Antón-Mellón y Seijo Boado. Los autores distinguen entre la Nueva Derecha, la *alt-right* de Steve Bannon y otras versiones de conservadurismo tras un detallado estudio de las ideas de sus principales intelectuales orgánicos como Olavo de Carvalho y Alain de Benoist. Su trabajo aporta importantes matizaciones entre las diferentes variantes del pensamiento conservador y tradicionalista, más allá de las apresuradas generalizaciones que tachan a todas estas divergencias filosóficas de «fascistas», impidiéndonos con este anacronismo entender la evolución –o involución, podríamos decir– de la política y la sociedad de muchos países, principalmente en el Norte global, en el convulso entorno intelectual de finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

En «Los enemigos de la democracia», Germán Carrillo García realiza una caustica y sólida crítica de las teorías de la crisis en general y de las democracias en particular. Desde el espíritu progresista y poskeynesiano, han predominado los estudios que, en general, han subestimado las fuerzas del capital, de los capitalistas y del mercado, así como un cierto enaltecimiento optimista en la capacidad de gobernabilidad por parte del aparato estatal o de las instituciones supranacionales. Las «guerras culturales» han ocupado, mientras tanto, los departamentos académicos y las trincheras políticas, subordinando los «conflictos distributivos» y ensombreciendo la decadencia económica y moral que ha dejado a su paso el terremoto neoliberal. El estudio, convincentemente historiográfico y teórico, nos permite observar una «reconstrucción» de la historia del triunfo de las ideas neoconservadoras y de la restauración del poder de la clase capitalista desde la década de 1970, cuando el edificio keynesiano se estaba derrumbando. A partir de entonces, cualquier peligrosa desviación de los criterios establecidos por el *statu quo* era tildada de «revolucionaria», «comunista» o «neofascista». Por último, el autor realiza una revisión histórica y comparativa entre el liberalismo clásico y el neoliberalismo. Su conclusión es contundente: «invocar a los pensadores de la Ilustración y particularmente al cuerpo de ideas liberales para apoyar las medidas antiso-

ciales de los regímenes neoliberales, ignorando, además, la enorme distancia que separa sus modelos teóricos de nuestra realidad supone, cuanto menos, un anacronismo y una tergiversación ahistórica».

El trabajo de Luis Cruz Miravet aborda en un tono reflexivo el malestar democrático en las sociedades actuales con notorias referencias al caso español. Un malestar expresado en la dramática desafección por el abandono del paradigma del Estado del bienestar y del pleno empleo, por la aplicación de desacertadas políticas económicas y fiscales y por el aumento de la desigualdad, la pobreza y la exclusión social que derivan, entre otras consecuencias, en la emergencia de nuevos partidos y corrientes políticas consideradas «populistas» por los partidos hegemónicos.

En la serie Estudios, el trabajo del profesor Paul Preston analiza el contexto en que se desarrolló la historiografía anglosajona sobre la Guerra Civil española durante el período de la Guerra Fría. Basándose en la obra del historiador australiano Darryl Burrowes se examinan las trayectorias vitales y los escritos de George Orwell, Gerald Brenan, Burnett Bolloten y Herbert Rutledge Southworth con el fin de determinar en qué medida sus percepciones sobre el conflicto español se vieron influidas por el período de la Guerra Fría; pero también por el mayor o menor predominio de las dos agencias anglosajonas determinantes en la configuración de la opinión pública y de la política cultural durante esos años: el Departamento de Investigación Informativa del Ministerio de Asuntos Exteriores en Gran Bretaña y el Congreso Americano por la Libertad Cultural.

En «Reflexiones sobre lo particular y lo universal: Unidad y diversidad en la vida social y en la teoría social» Wolfgang Streeck, se interroga sobre la relación que hay entre lo particular, o la unidad, y la diversidad en la vida social y la *praxis* política. A través de cuatro áreas de la teoría social que pueden ser fructíferamente exploradas en términos de una tensión constitutiva entre fuerzas universales y locales, a saber, el cambio institucional endógeno, el papel de las organizaciones intermediarias en el gobierno de las relaciones industriales, la construcción de los Estados-nación y, por último, el origen de las variedades o diversidad del capitalismo, Streeck muestra un campo epistemológico y metodológico fructífero que puede arrojar luz sobre las perturbadoras dinámicas de las estructuras sociales contemporáneas. Entre sus conclusiones hay una pregunta inquietante que subraya las tesis fundamentales de nuestro dossier sobre la crisis democrática: «¿Qué fuerzas prevalecerán mientras los países en cuestión sigan siendo democracias: las de la resistencia «populista», que defiende lo particular, o las de la racionalización económica mediante la restricción externa y la reeducación cultural interna?»

Por último, en «Ex Oriente lux. El rechazo de Occidente y sus consecuencias sociales y políticas», H. C. F. Mansilla realiza una valiosa contribución sobre los peligros que plantea para el desarrollo democrático de las sociedades, y para los valores heredados de la Ilustración, la perspectiva, a veces apresurada, otras ingenua, romántica e irracional acerca de Oriente y en los últimos años del nuevo hegemón, China. Como señala el autor nos encontramos sumidos en un relativismo posmoderno que ha adquirido una importante presencia en los entornos académicos e intelectuales. Estas apelaciones a una tradición idealizada pueden atraer a muchas personas, en particular a estudiantes universitarios que realizan sus primeras incursiones en el pensamiento filosófico, sin advertir, sin embargo, los riesgos que conlleva. «Lo peligroso de estas teorías –afirma Mansilla– es que mediante argumentos muy populares dejan a un lado lo positivo de la modernidad occidental: el racionalismo, la democracia pluralista y la concepción de los derechos humanos».

## REFERENCIAS

- D'Eramo, M. (2013), «El populismo y la nueva oligarquía», *New Left Review*, 82, 7-40.
- Fernández-Vilas, E. (2023). El «Populist Zeitgeist»: Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2(3), 107-120. <https://doi.org/10.6018/reg.545331>
- Gentile, E. (2019). *¿Quién es fascista?* Madrid: Alianza Ed.
- Hobsbawm, E. (1994). Identidad. *Revista Internacional de Filosofía Política*, 3, 5-17.
- Mair, P. (2013). *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*. London and New York: Verso.
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39(4), 541-563. <https://doi.org/10.1111/j.1477-7053.2004.00135.x>
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha. ¿Por qué funcionan las propuestas vacías y el discurso enfurecido de los antisistema y cuál es su potencial político?* Madrid: Capital Intelectual Ed.